

¿Dónde está la alterglobalización?

MICHEL WIEVIORKA – LA VANGUARDIA – 26/02/2006

Entre los daños colaterales provocados por los atentados del 11-S del 2001 cabe consignar los relativos al movimiento alterglobalizador. Movimiento que en los últimos años había acabado con la arrogancia de las elites que se reúnen cada año en Davos y había contribuido a secar las fuentes de las ideologías neoliberales y a cuestionar las políticas inspiradas en ellas. Movimiento desgajado - de manera, indudablemente, muy vaga e incompleta- del pensamiento izquierdista (que sospecha y denuncia sin construir nada) que empezaba a desplazarse desde posturas de rechazo de plano - la antiglobalización- a otras posturas defensoras de un mundo distinto, y de ahí el término *alterglobalización*.

Los efectos del terrorismo de Al Qaeda sobre este movimiento han sido devastadores. Pretendiendo encarnar algunos de sus temas esenciales, recuperando a su vez la crítica de la pobreza a escala planetaria y sobre todo tomándola con Estados Unidos, el movimiento se ha presentado en público como el adalid de una lucha antinorteamericana y antiimperialista, ha enturbiado la imagen de la alterglobalización - debilitándola de paso- e incluso la ha descalificado; en cualquier caso, la ha ensuciado. La respuesta norteamericana a Bin Laden, la guerra contra el terrorismo en Afganistán y posteriormente la guerra de Iraq no han remediado nada - al contrario- desde el punto de vista alterglobalizador; punto de vista que ha cargado las tintas en la oposición a George W. Bush, convirtiéndole así en protagonista político, o mejor dicho geopolítico, incómodo por añadidura para Estados Unidos habida cuenta del amplio consenso que solía suscitar en su figura la máxima autoridad del país.

Durante un tiempo dio la sensación de que el pacifismo se convertía en la ideología del movimiento mientras sus aspectos de protesta social y cultural corrían el riesgo de pasar a segundo término.

Sin embargo, el movimiento alterglobalizador no retrocede.

En la cumbre de la OMC en Hong Kong en diciembre del 2005, numerosas delegaciones oficiales incluían en sus filas representantes de ONG, prueba de su reconocimiento (pero también, tal vez, de otro peligro para la alterglobalización, el de su recuperación). Y, sobre todo, la idea de desmultiplicar las iniciativas en el 2006 a fin de convertir la VI edición del Foro Social Mundial en un espacio policéntrico muestra una capacidad de inventiva y renovación que es menester apreciar en su justa medida. En Bamako y en Caracas - y próximamente en marzo en Karachi- los alterglobalizadores parecen hallarse en condiciones de insuflar renovadas energías a las lógicas de abajo arriba, de lo local a lo planetario, de lo social y cultural a lo político y lo geopolítico. La globalización de su movimiento - de manera mucho más nítida que en el pasado- significaría entonces que es capaz de distanciarse de las críticas del mundo actual de tono más o menos izquierdista, antiimperialista y antinorteamericano, evitando así supeditarse a los discursos políticos generales o a las ideologías que los sustentan, como en el libro de Michael Hardt y Toni Negri, *Imperio*, de enorme éxito entre la militancia.

El Foro Social Mundial fue ante todo y, en un principio, un formidable éxito en el caso de los latinoamericanos, en los encuentros de Porto Alegre - además ha sabido adaptarse en India-, completados con foros de ámbito regional especialmente en Europa, que, por otra parte, no han alcanzado siempre la categoría de éxito ni en París - donde la prensa ha expuesto la hipótesis de un acercamiento entre islamismo e izquierdismo-, ni en Londres - donde el izquierdismo ha copado el primer plano-: en ambos casos, en detrimento de la transparencia y visibilidad del trabajo y la reflexión de las ONG de a pie. En África mantiene la cabeza alta - continente, por cierto, que había abandonado-, así como en Venezuela y, con retraso por efecto del reciente terremoto, en Pakistán. Es posible que el movimiento se haya politizado en mayor medida en Venezuela por la movilización populista en pos de su presidente, Chávez. No obstante, el factor esencial se aprecia claramente en la tendencia que se vio corroborada en el encuentro de Bamako: las innumerables movilizaciones de

base y expresiones diversas de la vitalidad de las sociedades civiles son elementos conformadores de dinámicas que aúnan en su seno retos locales y capacidad de presión mucho más amplia gracias a los factores de transmisión que proporcionan las redes generales ya existentes o las grandes ONG.

La noción de globalización adopta, a partir de este punto, un sentido muy distinto del que implicaba cuando se aplicaba exclusivamente a las solas fuerzas del capitalismo financiero y a las lógicas del mercado. Ya no alude a la dominación sin fronteras, aplastante, de la economía neoliberal, sino a la conjugación de protestas, críticas e iniciativas ya sea locales, definidas en el marco del Estado nación o bien asociadas a las distintas presiones internacionales. Naturalmente no hay que exagerar la importancia de las iniciativas que muestra claramente un foro como el de Bamako, ya sea en el plano político de los derechos humanos cuando denuncian, por ejemplo, la impunidad de los criminales a gran escala; en el plano económico cuando se oponen a las orientaciones y propuestas concretas del FMI o del Banco Mundial en tal o cual país; cuando luchan por el acceso de los más desfavorecidos al agua y la electricidad o bien se esfuerzan por la protección medioambiental y la biodiversidad, etcétera: se trata de realidades aún incipientes y frágiles. Sin embargo, es evidente que se delinea nítidamente una imagen, la de unos protagonistas para quienes inventar un mundo distinto significa articular prácticas de base, más o menos contestatarias, pero siempre de talante constructivo, así como trabajar en el marco de una perspectiva que desborda el contexto estricto de los estados nación para proponer un planeta más justo y democrático.

Las dificultades son, evidentemente, considerables. Parte de ellas remite a los peligros, siempre muy reales, de desvíos de tipo izquierdista, estériles y aun destructivos; otras, en el extremo opuesto del espectro, a las tendencias de ciertos protagonistas de disolverse en instancias e instituciones oficiales, nacionales o supranacionales para convertirse en su seno en una simple fuerza de carácter complementario (expertos, por ejemplo). No obstante, la imagen de una articulación lograda de la acción local y de la presión planetaria merece asimismo su análisis correspondiente. Porque, a medida que las redes que se

movilizan son extensas, complejas y distantes, tanto menor es la posibilidad de una comunicación directa entre el plano local y el transnacional; entre, por ejemplo, la lucha de los agricultores de una aldea africana a propósito de un proyecto de traída de aguas y el compromiso de grandes ONG para apoyarla en EE. UU. con lo que resultan más plausibles las distorsiones e incluso las manipulaciones de todo tipo mientras cada cual puede verse tentado (más o menos conscientemente) de instrumentalizar al resto de los protagonistas. Internet, ciertamente, es un instrumento precioso para el movimiento alterglobalizador, pero no significa necesariamente que todos sus usuarios se hallen en condiciones de conocer a fondo el contexto donde se trata de intervenir ni de acceder a todos los datos y facetas de un problema. No proporciona forzosamente las claves políticas necesarias para la comprensión de una acción o iniciativa. La lucha de base, por ejemplo, puede encubrir los intereses de un grupo particular - y no necesariamente dominado- en tanto que la intervención de una gran ONG puede responder a motivaciones muy distintas de las de ayudar a un protagonista o actor de base. Cada actor puede engañarse a propósito de otro actor, o tratar de engañarle.

Es menester, en consecuencia, evitar todo asomo de candidez. Pero, al propio tiempo y sobre todo, es menester constatar que, tras el impacto traumatizante de los atentados del 11-S sobre el movimiento alterglobalizador, éste efectivamente se repone y parece capaz de reactivarse con nuevos bríos para impulsar las sociedades civiles en el seno de los estados nación y abrir perspectivas políticas en el plano supranacional.

M. WIEVIORKA, profesor de la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales de París

Traducción: José María Puig de la Bellacasa